

3074
Publicaciones de la

“REVISTA MASONICA”

editada por la
GRAN LOGIA DEL PERU

**¡ESTOS
TERRIBLES
MASONES!**

LIMA : : : : : : 1934

Publicaciones de la

"REVISTA MASONICA"

==== editada por la
GRAN LOGIA DEL PERU

¡ESTOS TERRIBLES MASONES!

Trabajo leído por el R.:
H.: José Gálvez en la Te-
nida Blanca celebrada por la
R.: L.: S.: "Parthenón" N°
4, el día 5 de Enero de 1934,
con motivo del público home-
naje que se le rindió en esa
reunión.

LIMA : : : : : 1934

CUANDO estaba niño oí con harta frecuencia la frase acusadora: “**Estos terribles masones**”. Y como yo, seguramente casi todos tuvieron, de cuando en cuando, en los oídos, alguna muletilla semejante. Tías viejecitas, de esas encantadoras que ya se van perdiendo por los cambios de la vida, y que tenían siempre para los sobrinos preferidos el real de plata nuevecito y el alfajor sabroso, eran las que, con más frecuencia y santiguándose, repetían la frase. Era el masón casi un sinónimo de diablo. Infundía miedo saber que existían unos hombres que suponíamos diferentes de los demás y que se entretenían en prácticas infernales y misteriosas.

Pero a los chicos curiosos de mi tiempo la misma temerosa acusación los llenaba de vagas ansiedades. Por mi memoria pasan, como en sombras, inacabadas frases en que la alusión a los **terribles masones** dejara prendido un picante anhelo de saber. Momento hubo en que para la imaginación infantil el masón se confundía con el duende, con el fantasma, con el trasgo amenazante, y en la confusión mental que el miedo provocaba, se mezclaba la nebulosa idea de las reuniones masónicas con la

de las brujas de escobas voladoras y con la de los duendes cabezones, duchos en tirar piedras a las casas y en hundir la **mollera** a los recién nacidos. . .

Cuando caía la tarde y el farolero con su lustrosa escalera, su andar elástico, sus fósforos, que se nos antojaban mágicos porque se encendían al simple frote con el calzón, después de su manobra maromera dejaba encendido el pico de gas del labrado farol; venían, con las sombras, todos los misterios. Esa última visión riente y admirada de los lejanos crepúsculos de la infancia, y que se sumaba al encanto de los pregoneros últimos —el barquillero y el rosquetero de la revolución caliente—, daba paso, luego, con el llegar de la noche, a la legión sombría de las posibilidades fantasmales y de los sonos siniestros: ruido de batanes, chocar de huesos, danzas de **carcanchas**, aparición de escuálidas figuras blancas. Y el niño pensaba, entre la Avemaría y el Bendito —¡oh, paradoja!— que esa era la hora en que se reunían las brujas en sus aquelarres, los masones en sus logias y se apostaban los duendes en los techos para arrojar sus piedras.

Recuerda el hombre, con una suave sonrisa de evocación en los labios, ya un poco melancólicos y escépticos, esas

graves emociones infantiles que una equivocada buena fe hacía madurar en las almas tiernas, llenándolas de complejos temores y de peligrosos prejuicios. Una virtud tenían sin embargo: despertaban la imaginación, torturándola un tanto es cierto, pero ejercitándola y enriqueciéndola a la manera de Goya o de Durero. Las mujeres de las casonas antiguas no creían hacer daño a los chicos con sus cuentos y sus leyendas sombrías. Tal vez era una defensa del propio miedo que las hacía hablar y hablar de cosas truculentas. Se engañaban a si mismas, y, sin darse cuenta precisa de lo que realizaban, echaban afuera de sus propias almas la floración morbosa de esas añejeces y las iban transplantando en el acogedor y blando terreno de las almas infantiles.

Un zambo viejo, de aquellos pintorescos en la **guaragua** del andar y en los circunloquios del decir y que me complacía por lo dueño y señor que era en historietas, cantares y refranes, y a quien acribillaba yó a preguntas, sin temor de que me desairase con un **“no se pregunta eso, niño”**, porque tenía, como un Catecismo criollo, respuesta para todo; me dijo un día que los masones tenían celebrado pacto con el Diablo, que se reunían en una casa de la calle de San

Francisco y que todas las noches se **ajuntaban** para pedirles órdenes al **rabudo**. Y en una tarde de vacación en que había dejado yó los libros y él la brocha del engrudo, porque era empapelador de oficio —amén de otras artes menores en las que él era si una verdadera romana del diablo—, me enseñó la casa donde los masones tenían sus **concomitancias y entreveros**, como él decía, con el Demonio. Pero, recuerdo, que guiñándome un ojo con la picardía de quien en el fondo no cree mucho en lo que predica, me añadió, con recomendación de que no lo repitiera, que mi abuelito había sido masón. . .

La confusión que me produjo la confianza de aquel buen hombre de toda la confianza de los míos, me llenó de inquietudes. ¡Cómo! ¿Mi abuelo que yo sabía que fué tan bueno, tan puro, podía haber sido de los que se reunían con otros hombres malos para llamar al Demonio? Y el zambo viejo puso en mi alma, con sabia malicia, la primera semilla de la duda.

Dime a averiguar entonces, por otros medios, lo que había de verdad en los decires, y a mi madre, que era tolerante y apacible, me atreví a preguntarle si ser masón era ser malo. Abrió los ojos, dulces y grandes, haciéndolos más gran-

des y más dulces, y con su voz de terciopelo que siempre supo ablandar hasta el regaño, me dijo: “**Bueno y malo hay en todo hijo mío. ¿Quién te induce a preguntar estas cosas?** Pero con la confidencia del viejo y la respuesta profunda de mi madre, se inició ya en mí la distinción sutil entre diablos y masones.

Cuando pasaron los años y la adolescencia me trajo otras inquietudes y otras ansias, y comenzaron a desvanecerse las imágenes de penas, de duendes y de brujas; cuando la realidad fué imperando y se alejaron los trasgos, comprendí que entre los miedos que fugaban, también se iba a toda prisa el temor al masón. Y la curiosidad, perpetua fuente de conocimientos, fué completando y modelando la obra. No, no era masón sinónimo de malo.

Pero en la segunda etapa, preguntando aquí, inquiriendo allá, dime con otro cariz antimasónico. Las gentes sonreían con protectora y burlona compasión cuando se hablaba de masones. Mis interlocutores ya no eran las **tiítas** ni los antiguos servidores de la familia. Dejaron de interesarme las respues-

Francisco y que todas las noches se **ajuntaban** para pedirles órdenes al **rabudo**. Y en una tarde de vacación en que había dejado yó los libros y él la brocha del engrudo, porque era empapelador de oficio —amén de otras artes menores en las que él era si una verdadera romana del diablo—, me enseñó la casa donde los masones tenían sus **concomitancias y entreveros**, como él decía, con el Demonio. Pero, recuerdo, que guiñándome un ojo con la picardía de quien en el fondo no cree mucho en lo que predica, me añadió, con recomendación de que no lo repitiera, que mi abuelito había sido masón. . .

La confusión que me produjo la confianza de aquel buen hombre de toda la confianza de los míos, me llenó de inquietudes. ¡Cómo! ¿Mi abuelo que yo sabía que fué tan bueno, tan puro, podía haber sido de los que se reunían con otros hombres malos para llamar al Demonio? Y el zambo viejo puso en mi alma, con sabia malicia, la primera semilla de la duda.

Dime a averiguar entonces, por otros medios, lo que había de verdad en los decires, y a mi madre, que era tolerante y apacible, me atreví a preguntarle si ser masón era ser malo. Abrió los ojos, dulces y grandes, haciéndolos más gran-

des y más dulces, y con su voz de terciopelo que siempre supo ablandar hasta el regaño, me dijo: **“Bueno y malo hay en todo hijo mío. ¿Quién te induce a preguntar estas cosas?”** Pero con la confianza del viejo y la respuesta profunda de mi madre, se inició ya en mí la distinción sutil entre diablos y masones.

Cuando pasaron los años y la adolescencia me trajo otras inquietudes y otras ansias, y comenzaron a desvanecerse las imágenes de penas, de duendes y de brujas; cuando la realidad fué imperando y se alejaron los trasgos, comprendí que entre los miedos que fugaban, también se iba a toda prisa el temor al masón. Y la curiosidad, perpetua fuente de conocimientos, fué completando y modelando la obra. No, no era masón sinónimo de malo.

Pero en la segunda etapa, preguntando aquí, inquiriendo allá, dime con otro cariz antimasónico. Las gentes sonreían con protectora y burlona compasión cuando se hablaba de masones. Mis interlocutores ya no eran las **tíitas** ni los antiguos servidores de la familia. Dejaron de interesarme las respues-

tas que, cabe el perol de la rubia melcocha, me diera antaño la cocinera parlanchina. Ya no satisfacía por completo a mi espíritu la pintoresca y simple filosofía del cuarto de los cuentos. Y en esas, como en otras cosas, hube de buscar nuevas fuentes. Y como desde niño tuve atracción por la cultura viva, echéme a preguntar a los mozos y amigos de mi barrio y a algunos parientes que me infundían confianza y no se movían por lo preguntón que yo era.

Hubo de todo. Desde la respuesta todavía enrevesada para mi mente, hasta la burla y la sátira de los que no ven en la masonería sino un conglomerado colorido de uniformes recamados y de collarines relucientes. Cuando traspasaba yo las puertas de la mocedad, parece que no iba por senderos de progreso la institución masónica; y, sin duda, por la decadencia que alejó de ella algunas personalidades sobresalientes, quienes en todas partes, y muy especialmente entre nosotros, tienden a juzgar por los nombres, tomaron a menos la masonería y pude apreciar que se la juzgaba como algo simplemente decorativo y hasta cómico. La atrevida ignorancia y, aún más, la media ciencia me llenaron la cabeza de falsas opiniones, y los trasgos antiguos dejaron su sitio a las visiones

humorísticas de unos hombres con mandiles de colores que se hacían señas misteriosas. Por la frase de un intelectual solemne, y hueco por lo mismo de seguro, que me dijo, sin darse cuenta de que hacía un elogio, de que la sociedad masónica era algo bomberil, llegué a la síntesis absurda y peregrina de que la masonería era una especie de briscán con señas jugado por bomberos.

Los muchachos de mi tiempo, libres ya del prejuicio de las penas y limpios en su imaginación de los cuadros llameantes de las potencias infernales, vieron la masonería desde un nuevo ángulo, tan equivocado como pintoresco, y los más grandes, para darlas de hombrecitos y sabidazos, saludaban estrechando las manos de cierto modo y guiñando los ojos para que los menores creyeran que poseían poderes masónicos. Y aquellos, más aventajados, que lograron atisbar alguna reunión masónica —tuve un amigo que afirmaba que vió una en San Francisco— estaban convencidos de que todo estaba en saber hacer visajes raros y complicados ademanes.

Otros me explicaron que la masonería era una asociación para la ayuda mutua de los socios y para combatir a los frailes. Esta parte no dejó de inquietarme, por mucho que en aquel entonces pasa-

ra yo por pleno sarampión antifrayluno. La nueva concepción, sin embargo, era un evidente progreso en la evolución ideológica de mis conocimientos. Muchas veces he pensado seriamente que en la masonería efectivamente caben todas esas etapas y que en nuestra propia labor interna hay que trabajar por la depuración hasta que no quede ni la sombra de esos prejuicios que van desde la suposición demoniaca hasta la de lo pintoresco y decorativo con su poco de sal de socorro mutuo y su pimienta de anti-fraylería.

Como a mí me ha hecho intelectualmente mucho más la vida que los libros; como he tenido la suerte de estar en contacto con toda clase de gentes y he sabido sufrir todo género de contrastes, privaciones y dolores; como le ví la cara al lobo muchas veces y sentí de cerca todo lo que hay de grave, de terrible y a la vez de bueno en la vida, sin distinción de clases y colores, pude recoger, desde todos los ángulos, impresiones muy interesantes sobre múltiples asuntos. Tengo ese orgullo que pocas veces he confesado por temor de que se le confundiera con vanidad. Y

le agradezco a la vida que me haya herido y fustigado tantas veces, porque me ha enseñado mucho, me ha corregido y me ha dado amplitud y tolerancia.

Los hombres simples y buenos que me enseñaron a volar cometas y a colgar quitasueños para las procesiones de mi barrio; las mujeres sencillas que me contaron historias y mentiras, unas veces dulces y otras atemorizadoras; los muchachos humildes con los que aventuré mis primeras escapadas hacia el mundo multicolor y multiforme de las travesuras; los aprendices de bohemios con quienes hice mis primeras trasnochadas y me indujeron, tal vez sin proponérselo, a contemplar las estrellas y a meditar en otros mundos; todos los que con error o con acierto fueron abriéndole ventanas a mi espíritu — ¡cuántas veces sin saberlo! — con generosidad que nacía de la espontánea y pródiga abundancia de sus vidas, todos me enseñaron algo; todos esos fueron, cada cual en su medida y a su manera, mis maestros, y me dieron ocasiones para que me habituase a pensar por mí mismo y a investigar y a descubrir por mí mismo. ¡Aunque descubramos lo que ya otros vieron no es satisfacción menuda ese placer casi divino que nos da, aunque sea por un instante efímero,

la ilusión suprema de que estamos inventando y creando!

A muchas de esas gentes debo mi curiosísima evolución de ideas sobre la masonería; cosa tremenda, pintoresca, misteriosa, que me incitó a conocerla.

Por esa labor tan largamente madurada en mi alma, cuando llegué a hombre interrogué a otras gentes y escudriñé en los libros. Preguntéme entonces qué habían hecho y quiénes eran en nuestra historia esos diablos bomberiles de los masones. La respuesta me llenó de asombro y aunque los tiempos han cambiado y no hay seguramente hoy las mismas tareas que llenar y no vemos con diáfana claridad los caminos más seguros para contribuir al supremo ideal de mejorar por todos y para todos la vida, llegué a la conclusión convencida de que la masonería tiene un pasado admirable y un porvenir preñado de promesas que depende de la buena voluntad de todos los masones esparcidos en el globo. Institución universal, de hondo sentido humano, respetuosa de todas las creencias y de las opiniones todas, que anhela la verdadera fraternidad, que no es enemiga de credos y religiones, que repudia el ateísmo y que acoge en su seno a cuantos anhelan el bien de los demás, está muy

lejos de ser la legión de diablos o la agrupación de enmandilados gesticulantes y vacuos como la ignorancia o la mala fe quieren presentarla.

Y aquí de una de mis últimas experiencias personalísimas. Tuve un tío y padrino muy querido, hombre integérrimo, profundamente católico, de consagrada reputación por su probidad y su benevolencia, que llegó a las más altas situaciones. Recto y veráz con fama de llevar sus convicciones religiosas hasta lo más elevado y a la vez lo más hondo de su espíritu, estaba en condiciones de contestar no ya al chiquillo codicioso de respuestas, sino al hombre hecho y circunspecto. Y le abordé. **¿Es mala la masonería? — ¿Eres masón? —** Tardó en responderme. Pero sonriente con suavidad, me dijo: — “Por ahora conténtate con saber que lo fueron tu bisabuelo, tu abuelo y tus tíos y te respondo que eran hombres rectos incapaces de pertenecer a nada malo ni grotesco”.

La picardía del zambo viejo — voz del pueblo —, la dulce tolerancia de mi madre, — voz del hogar —, la advertencia del padrino, — voz de la sabiduría y la experiencia —, consonaron. Y entonces, ocurrióseme — cosa que

también me gusta tanto — preguntarle a los papeles.

Y los papeles me dijeron.....

La Independencia fué labor de masones y lo fueron todos o casi todos los que conoces y veneras por Padres de tu Patria, y entre ellos, como lo descubrirás más tarde, hasta sacerdotes hubo. La masonería sirvió maravillosamente a la obra de la libertad. Y como habría que preguntar quién no lo fué en esa época, si quieres enumerar a los masones que lucharon por estas Patrias americanas, tendrías que recurrir al libro, porque unas simples cuartillas de crónica o discurso no te alcanzarían.

Si pasas la vista al mundo, verás que también lo fueron los hombres más preclaros, más capaces y más libres; y si vuelves los ojos a tu tierra, te encontrarás con que no hay hogar, ni aun de esos en que se decía — quizás se sigue diciendo, — que los masones son unos diablos, que no cuente en su historial con masones.

Y comenzó a hablar la historia. La manía preguntona volvió a mi espíritu para interpelar de esta suerte: ¿Fue-

ron malos, irreligiosos, simple y bufonamente decorativos los que en el Perú hicieron y organizaron el país? Allí están los nombres, además de los próceres. San Martín y Bolívar echaron la semilla, que dicho sea de paso también había prendido entre los españoles, pues comprobado está que había Logias en el ejército de Laserna. Tras de los grandes Libertadores, a cuya sombra ilustre se agruparon los más claros varones de esos tiempos, vinieron otros, los que consolidaron la República, le dieron leyes, artes, ciencias, enseñanza y la procuraron modelar en civilización y en cultura y casi todos fueron masones.

Así por los papeles sabemos y lo ampliaré cuando termine mis apuntes históricos sobre "Orden y Libertad", que pertenecieron a la institución: Sánchez Carrión, los Mariátegui, Pérez de Tudela, Lazo, Vidaurre, Estenós, Cuba, Paredes, Vidaurre, los Gálvez, los Elías, los Valle, Caravedo, Medina, Figueroa, los Arenas, Loayza, Sánchez, Chacaltana, Galindo, Corzo, Alvarez, los Alarco, Quimper, Ribeyro, Muñoz, San Román, La Fuente, Pezet, Allende, Aranibar, los Heros, Portal, Eguren, Matute, la Torre, Sánchez Silva, don Ricardo Palma, Cisneros, Salaverry,

Corpancho, Ulloa, Odriozola, Aliaga, Irigoyen, Moreyra, Fuentes, Espiell, Andraca, Basadre, Villarán, Rivas, Astete, Alzamora, Grau, Fuentes, Rotalde, Canseco, Palacios, O'Donovan, Pastor, Dávila, Beingolea, Recavarren, los Amézaga, Seoane, Ureta, Tejeda, Escudero, Tirado, Silva Santisteban, Casanova, Sousa Ferreira, Távara, del Mar, Casós, Barrenechea, García Urrutia, los Acuña, Villarreal, Olaechea, Orbegoso, los Moreno, Oviedo, de la Lama, Alvarez Calderón, Velarde, Lecca, Ben-tín, los Canevaro, Patrón, Polo, Torres Saldamando, Carrillo de Albornóz, los Elmore, los Echenique, Pardo de Figueroa, Gonzáles de Prada, Miró Quesada, Olavegoya, Derteano, Heredia, Jiménez, Burga, Lavergne, Zavala y Carrillo, Buendía, Muñoz, Loli, Irrivarren, Iturrégui, los Ezeta, Santa María, la Jara, Benavides, Coloma, Sousa, Porras, Cossio, Geraldino, Camacho, Becerra, García Godos, de la Puente, Tolmos, León, Rueda, Guerrero, Selaya, Cotes, Menacho, los Alarco, Pardo, López Aliaga, Higginson, Conroy, Portal, Chamot, Garrido, Polanco, Quiroz, Igarza, Eldrege, Dañino, Plasencia, Mendívil, Ramírez, Harvey, Cacho, Vivero, Coronel Zegarra, Paz Soldán, Ugarte, los Ego - Aguirre, los Cobián,

los León, Cano, Saco, Saavedra, Lara, Zañartu, Forero, Rospigliosi, Secada, Luna, Macedo, Silva, Villegas, Leguía, del Valle, Dulanto, Pereyra, Castellanos, Carvajal, Lavorería, Jaramillo, Fajardo, Ríos, Melgar, Salazar, Pasapera, Arias, los Vélez, Morales, para no mencionar sino unos cuantos de los desaparecidos. Sería interminable de otro modo la lista.

Y entonces, lógicamente, surge la nueva pregunta: — ¿Una institución que ha contado con fundadores de la Independencia, muchos Jefes de Estado, Ministros, héroes militares y civiles, hombres de letras, de ciencias, de artes, de comercio, maestros, escritores, artistas, diplomáticos, militares, artesanos, hombres de todas las clases y de todos los partidos, habiendo ocurrido casos en que toda la Corte Suprema estaba compuesta por masones; una institución, repito, de la que puede afirmarse que albergó en su seno a cuanta personalidad ilustre hubo en el país, cabe clasificarla en alguna de las modalidades que he descrito al hacer el recuento de mis impresiones de infancia y de mi mocedad?

Ahora cabría, como en otras épocas, que en los hogares se dijese del demoníaco espíritu de los masones, cuando no habría uno de aquellos que no tuviese que referir a su propia sangre la de esos diablos tremebundos? Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que en todo el tradicional de Lima hay un recuerdo masónico. La mayoría de ellos guarda, seguramente, la más dulce y benéfica impresión de aquellos progenitores que nada tuvieron de malos y que, sin embargo, fueron masones y cuántos de ellos con un profundo sentido místico y una devota y perseverante realización de sus deberes religiosos.

Habrían logrado esos hombres, sin duda, lo que he relatado sucintamente. Pasaron del concepto demoníaco, por sobre el humorístico y decorativo, hasta llegar, — aparte del estudio de los símbolos, tan interesantes para quien tiene inquietud filosófica y amor a la alta cultura, — al sentido hondamente cordial que el filósofo latino consagró en la frase generosa: — “Nada de lo que al hombre atañe, me es ajeno”.

Aquellos espíritus habían evolucionado, juzgaron por sí mismos, se desprendieron de la hajarasca de los prejuicios, supieron que en las Logias nada hay que pueda perturbar las conciencias

ni dañar al prójimo, sino por el contrario, que predominantemente persiguen el mejoramiento de las almas y aman y toleran a todos los hombres, cualquiera que sea su condición, sólo por el hecho de ser tales, y que la Moral y la Religión, bien entendidas, nada tienen que temer de los **terribles masones.....**

Lima, 5 de enero de 1934.

José Gálvez.

Gran Secretario de la Gran Logia del Perú y Miembro de "Orden y Libertad" No. 2.

NOTA.—Como datos interesantes añado los siguientes: La Fraternidad peruana se estableció en 1821, el Gran Oriente el 23 de junio de 1831, habiéndose reconstituido el 13 de julio de 1852; el Supremo Gran Consejo el 2 de Noviembre de 1830, el Soberano Gran Consistorio el 2 de Noviembre de 1831 — Datos del tomo 3143 de Papeles Varios de la Biblioteca Nacional — J. G.



INSTITUTO RIVA-AGÜERO
BIBLIOTECA

W

05 SEP. 2024

869.5631

E7

MJ

W/Fol
869.563
E7



E. B. y B. Sucesor
Azángaro 1005. - Lima